

PQ 6171

.A2

B5

v. 23

BIBLIOTECA

AUTORES ESPAÑOLES

BIEN LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS



BIBLIOTECA



BIBLIOTECA

IMPRESA, ESTEREOPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPANIA (SUCCESORES DE RIVADENEYRA),  
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.— Calle del Duque de Osuna, núm. 3.

## DISCURSO PRELIMINAR.

PASAR con admiracion y aplauso á las generaciones todas, y ser constantemente su deleite, provecho y enseñanza, es privilegio de los ingenios extraordinarios, así como obligacion de los estudiosos limpiar y conservar libres de profanaciones y manchas las obras de estos hombres ilustres. Ni podian, pues, las de DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS faltar en una BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, ni era lícito á su editor reimprimir con vulgar diligencia los rasgos del valiente político, del profundo filósofo, del gran hablista, del padre de los donaires y de las gracias, el más regocijado, entretenido y popular de nuestros escritores.

La claridad y viveza de su imaginacion, el despejo de su talento y la fuerza de su memoria, unidos á un fogoso amor al estudio, le dieron ya desde la niñez la celebridad que van quilatando los siglos. Antes de cumplir quince años ceñia laureles en teología por la famosa universidad complutense; era á los veinte y tres reconocido como uno de los poetas más ilustres, y llamado por Lipsio á los veinte y cuatro *la mayor prez y más alta gloria de los españoles*. ¿Qué extraño pues que Lope de Vega le apellide *príncipe de los líricos*, é hijo de Apolo el inmortal autor del *Quijote*? Con estímulos tan poderosos ambicionó poseer todos los conocimientos humanos. La filosofía, la moral, la física y la medicina, las ciencias sagradas, los derechos civil y canónico, los historiadores y los poetas antiguos y modernos, las lenguas sabias, y de las vivas las más útiles, apenas saciaron su hidrópico anhelo de saber é indagar. ¡Prodigiosa índole de aquel entendimiento, no desvirtuarse ni ofuscarse con la multitud y variedad de los estudios, ántes con ellas adquirir robustez, fineza y temple!

Ya sea por esta curiosidad ingénita, ya porque le arrastrase á ello su humor burlesco, festivo y maleante, nuestro autor buscó siempre entretenimiento y enseñanza en todas las clases y estados de los hombres. No descansó hasta poseer llave de oro para asistir á las secretas conferencias de los príncipes, para entrar en la cámara de los monarcas, en los palacios de los próceres y ministros, y con igual franquicia en las casas de prostitucion, en los garitos de los jugadores, y en los zaquizamies de los matones y pordioseros. Así pudo sorprender lo más secreto del corazon humano, conocer y retratar con pincel valiente y asombroso colorido la sociedad entera, sus imperfecciones, sus extravagancias y delirios. Pero las circunstancias especiales de estos reinos fijaron el carácter y rumbo de los escritos del Menipo castellano.



Criado en palacio, abrió los ojos entre el oleaje de la malévolambición, del favor receloso y de la emponzoñada envidia: entre la batahola de los públicos negocios. Llegó á la mayor lozanía de su juventud reinando Felipe III. Completa ya, pero mal afianzada, la unidad y contigüidad de España, era cada provincia un reino, con su legislación especial, con opuestas costumbres; rivales entre sí cada uno, cada ciudad, cada villa, cada aldea. O moradoras ó transeuntes vagaban por la Península familias de toda la redondez de la tierra; la mala distribución de la propiedad y la mucha gente licenciosa y valdía tenían las costumbres derramadas á todos excesos; y convertida la fuerza y la atención del gobierno á reprimir y domar apartadas regiones, brazo y nervio faltaban para evitar los delitos, y era fuerza aterrar á los criminales con prontos y crueles escarmientos.

A la sazón hallábase envilecida la plebe; el generoso espíritu de libertad é independencia ya no inflamaba el corazón español: aquellos que habían pactado con los primeros monarcas leyes y forma de gobierno, dándoles imperio en la ejecución de ellas, pero jamás autoridad para romperlas ni alterarlas, forjaban ahora las cadenas de la servidumbre. El labio enmudecía cobarde, el valor sacrificábase al antojo de un tirano, y la adulación extendía el poder de los reyes, subiéndolo más de lo que la razón y el derecho piden<sup>1</sup>. Atentos á engrandecer sus casas, ya los próceres no llevaban al combate sus propios vasallos, ni para ellos eran con una vida activa y laboriosa amparo y beneficio constante: regalones, holgazanes y viciosos, habíanse trocado en sauguijuelas de sus pueblos, no siempre bien adquiridos; exprimíanlos como á esponja, desustanciábanlos, destruíanlos. No se desvivían ya por adquirir estados y señoríos, pero se disputaban sañuda y porfiadamente las presidencias de los tribunales y consejos, los vireinatos, embajadas y encomiendas. Todo iba por un rasero: los oficiales y ministros no llevaban á sus destinos y gobiernos otro deseo que el grandísimo de enriquecerse, ni ponían jamás la mira en el provecho común, sino en el propio. No se hallaba oficio de mayor ni menor cuantía, civil ó eclesiástico, que no se granjease con alguna suerte de cohecho; y gracias al espantoso caos donde se perdía la jurisprudencia, al mayor postor se daba siempre en los tribunales la razón y la justicia<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> «Los estados del gran rey de España (Felipe IV) tuvieron su origen más de repúblicas que de dominios de príncipe absoluto, según sus antecesores se llamaban y deseaban ser. Sus vasallos así lo entendieron, porque entre sus abuelos y los reinos capitularon leyes y forma de regimiento. De suerte que eran absolutos en la ejecución de ellas, mas no en alterarlas. Pero la continuación larga de reyes sagaces y políticos que tuvo España, introdujo haberse hecho dueños del poder absoluto en todo; á que no desayudó la astucia de don Felipe II, que fué quien más cautamente estiró la soberanía, teniendo ó sabiendo ganar de su parte á los propios ministros, que eran interesados en que los reyes no excediesen la autoridad absoluta de la que tuvieron sus antepasados. Esta soberanía que se adjudicaron los reyes fué causa de graves inconvenientes, dando muchas veces poco gusto á los vasallos, y no pudiendo estos hablar con libertad, como ántes, en las materias de justicia, ni aun en las que consisten en gracia.» (Don José de Pellicer y Osau, Introducción á la *Historia de Felipe IV.*—Biblioteca Nacional, G. 436.)

<sup>2</sup> «Para remediar estos males (dice el padre Juan de Mariana), bien se entiende que presta poco lo que en España se hace, digo en Castilla, que es llamar los procuradores á Cortes; porque los más dellos son poco á propósito, como

sacados por suerte, gente de poco ajobo en todo, y que van resueltos, á costa del pueblo miserable, de henchir sus bolsas; demas que las negociaciones son tales, que darían en tierra con los cedros del Libano. Bien lo entendemos, y que como van las cosas, ninguna querrá el Príncipe á que no se rindan; y que será mejor, para excusar cohechos y costas, que nunca allá fuesen ni se juntasen.»

Véase alguno de los medios que propone con espartana entereza el Livio castellano para acudir á las necesidades del reino:

«La segunda traza sería que el Rey acortase en las mercedes. Yo no juzgo que el Rey se muestre miserable ni que deje de remunerar á sus vasallos, pero débense mirar dos cosas: la una, que no hay reino en el mundo que tenga tantos premios públicos, encomiendas, pensiones, beneficios y oficios. Con distribuirlos bien y con orden se podría ahorrar de tocar tanto en la hacienda. Lo segundo advierto, que no son las mercedes demasiadas á propósito para ganar las voluntades y ser bien servido: la causa es que los hombres más se mueven por esperanza que por agradecimiento. El Rey tiene el acostamiento del reino para acudir á las cosas públicas; cumplido con ellas, se podrá extender á otros gastos, y no ántes ni de otra suerte.

«Item, que el Rey excuse empresas y guerras no necesa-

¿Qué mejores frutos podía ofrecer un príncipe, de intención recta si, pero que ignoraba que el arte de reinar estriba únicamente en colocar dignos y sabios á la cabeza de los puestos principales? Qué otra cosa de un rey que se despoja del cetro y la corona, que resigna la dignidad imperial, y hasta lo material de suscribir los decretos, en un inepto favorito, avaro é impudente? Qué esperanza de unos ministros que para los cargos no buscaban méritos ni servicios, sino compradores y malvados<sup>1</sup>?

Ni los gritos de las diputaciones, ni el proceso del conde de Villalonga, de su mujer, hijos, yernos y nueras, ni la caída de Lerma y Uceda, ni el suplicio de Calderon, serán ya bastantes á cauterizar la llaga de aquella sociedad corrompida, origen del descrédito, decadencia y ruina de España. Tras un valido habrá de levantarse otro; al prevaricador reemplazará el sicario; serán la adulación y el envilecimiento méritos y servicios, el adulterio granjería, el despojo y la rapiña blasones y nobleza, hábitos y honores lo que debiera ser horca y cuchillo. La virtud se encerraba en su casa, la caridad y la piedad acogíanse en los hospitales y monasterios.

Providenciales son los hombres de grande y generoso espíritu. Aparecen de siglo en siglo para despertar, alumbrar y encaminar rectamente á una generación aletar-

rias; que corte los miembros encarcerados y que no se pueden curar.—Buen consejo fué el que tomó el rey don Felipe el Segundo, en dividir lo de Flandes, si lo apartara más y lo hiciera años ántes; que desde el día que yo ví aquellas tierras, las di por desesperadas.....

«El cuarto aviso sea que el Rey haga visitar sus criados en primer lugar, luego todos los jueces y que tienen oficios públicos ó administraciones. Punto deleznable es este y que se debe caminar con tiento en él; pero es cosa miserable lo que se dice y lo que se ve. Dicese que de pocos años acá no hay oficio ni dignidad que no se venda por los ministros, hasta las audiencias y obispados; no debe de ser verdad, pero haría miseria es que se diga. Vémos de los ministros salidos del polvo de la tierra, en un momento cargados de millaradas de renta. ¿De dónde ha salido esto sino de sangre de los pobres, de las entrañas de negociantes y pretendientes? Muchas veces, visto este desorden, he pensado que, como los obispos entran en aquellas dignidades con inventario de sus bienes, á propósito de testar dellos, y no más, así los que entran á servir los reyes en oficios de su casa, ó en consejos ó audiencias, le hiciesen, para que al tiempo de la visita diesen por menudo cuenta de cómo han ganado todo lo demas. Yo aseguro que si se abriesen estos vientres comedores, que sacasen injundia para remediar gran parte de las necesidades. Dicese que los que tratan la hacienda real entran á la parte de los prometidos, que son grandes intereses; lo mismo los corregidores, por su ejemplo sus ministros. Demas que venden las premáticas reales todos los años para no ejecutarlas, rematan las rentas y admiten las pujas y las fianzas de quien de secreto les untan las manos. No se acabarán de contar las maneras de cohecho que tienen y sacaliñas. En particular se sabe que un privado del rey pasado supo que querían subir las coronas de trescientos cincuenta maravedises, en que andaban, á cuatrocientos; recogió el oro que vino de las Indias todo, y sacó grande ganancia. Los tesoreros compran los oficios en grave daño, quieren pagar á costa de las libranzas y juros de particulares; el dinero que cobran pónenlo en granjería, y acaece no pagar en dos ó tres años, y los que mejor lo hacen, llevan uno ó dos ter-

cios atrasados, y aun dello pagan dos ó tres por ciento por la paga, como se conciertan con la parte. Desórdenes que se podían atajar con visitallas y penallas como está dicho. Verdad es que se dice no hay ninguno destos que no tenga quien les haga espaldas en la casa real, en las audiencias; que deben entrar á la parte; que es otra miseria y dano. Sobre todo convendría que las rentas reales y hacienda se administrase bien y fielmente, no como al presente, que se tiene por cierto que de un escudo no llega á poder del Rey medio: como pasa por muchas manos, en cada parte deja algo... Si alguno se desabriere de lo que aquí se dice, aprenda que no son peores las medicinas que tienen del picante del amargo, y que en negocio que á todos toca, todos tienen licencia de hablar y avisar de su parecer, quier sea errado, quier acertado. Yo suplico á nuestro Señor abra los ojos á los que ponen las manos en el gobierno destos reinos, y les dé su santa gracia, para que sin pasión se dejen convencer de la razón, y visto lo que conviene, se atrevan á aconsejallo y ejecutarlo.» (*Discurso sobre la moneda de vellón.*—Biblioteca Nacional, Q., 404.)

<sup>1</sup> Véase, en prueba, lo que aparece en un documento de aquellos tiempos:

«Item. Si saben que en la ocasión que se dice haber hecho que se ofreciesen cien mil pesos al duque de Uceda y ochocientos á Juan de Salazar (*su secretario*) por la prorogación del gobierno (*del duque de Osuna para virey de Nápoles en 1617*), fué público y se dijo públicamente en esta corte y en Nápoles que un señor ofreció cien mil pesos, y de otro se ofrecían sirviendo con ochenta mil; y que en este mismo tiempo se decía que se habían hecho otras prorogaciones en las Indias en la misma forma, con sabiduría y voluntad de S. M. que está en el cielo; y creyendo el Duque que esto era así como se decía y se lo habían escrito en cartas, escribió á don Octavio (de Aragón) lo que parece por su carta, creyendo siempre que había de ser con permiso real, y no de otra manera.» (*Interrogatorio por el cual se han de examinar los testigos que presenta el señor duque de Osuna en el pleito contra el fiscal de su causa, don Juan de Chumacero.*—Biblioteca Nacional, I., 62.)



gada, ó para entregar su memoria á la execracion de las venideras, si persiste sorda y rebelde en no salir del atolladero de sus delitos y del fango de leyes y costumbres absurdas, bastardeadas y prostituidas.

Espántase QUEVEDO al aspecto de aquella sociedad, al contemplar que las verdades y argumentos de la filosofía eran impotentes, y servian solo de entretenimiento curioso á filólogos ó pedantes; al ver que la hipocresía responde cuando más á las dulces advertencias, á los caritativos consejos, al clamor y severas amenazas de cristianos varones; y entónces enarbola en su indignacion el látigo de Juvenal, ó con la carcajada del desprecio insulta y denuesta en su despecho á aquella generacion miserable. Duda aun que sea realidad, y no sueño, lo que miran sus ojos, y bosqueja y escribe los sueños satírico-morales, olvidados desde Luciano.

Aplicó primero el cauterio á los vicios del individuo aislado, luego á los desórdenes de las familias, á las corporaciones despues, á los gobiernos últimamente. De entónces se ve al escritor consagrado todo á la política, hacer de ella el principal objeto de sus investigaciones, dedicarle el precioso tesoro de sus conocimientos, el fruto de sus viajes, el estudio práctico de los negocios, y la experiencia adquirida en los pequeños y sagacísimos estados de Italia. Hostiga con habilidad la privanza de Lerma, y combate, armado de valor, el tiránico valimiento de Olivares; inspira energía y dignidad al Príncipe, avisa al favorito, señala el único y verdadero camino de acertar rey y reino en sus acciones; y ni las amenazas traban su lengua, ni los premios y dádivas embarcan su voz, ni los hierros y persecuciones quebrantan su entereza. Muere escribiendo para enseñanza de los ministros, de los monarcas y de los pueblos.

Desentrañando su vida y sus escritos, se descubre que el elemento político es principalmente lo que en ellos predomina. Y en verdad que no podia ser otra cosa: natural, estudios, cargos y destinos, vínculos sociales, aficiones privadas, todo se combinó para formar un repúblico, un hombre de estado. Bajo este aspecto ha de apreciarse con preferencia á QUEVEDO. Colocadas sus obras cronológicamente, forman un periódico de oposicion contra las costumbres y privanzas de la primera mitad del siglo xvii.

Su libro de la *Política de Dios y gobierno de Cristo* debe considerarse como un sistema completo de gobierno, el más acertado, noble y conveniente. No se funda en los secos y amargos aforismos de Tácito, ni en las execrables máximas del impío Maquiavelo; ni ménos en la codiciosa ostentacion de prepotencia, rematada incredulidad y disimulacion invencible de la razon de estado. Resístese el autor á creer que sea posible nunca justificar ni cohonestar la expropiacion y el robo del territorio ajeno, el mentir y negar la palabra, el romper los juramentos sagrados y solemnes; y desacredita y abomina las inicuas fórmulas de absolver toda vileza, tiranía y sacrilegio.

El Evangelio es el libro de gobernar. — Allí la segura y hermosa regla para hacer venturosos los pueblos; allí la pauta para ajustar sus acciones monarcas y súbditos; allí los medios de afrontar los grandes peligros y resolver las situaciones difíciles. Si, como afirma san Gregorio, toda la vida de Cristo fué lección para nuestro enseñanza, ¿no será mayor para los reyes y potentados, como que á su ejemplo se compone todo el mundo? En aquella preciosa vida es donde encuentra el político el secreto y la ciencia de mandar. «Viendo (dice) la suma sabiduría del Padre cuán mal se gobernaban los hombres por sí despues que fueron posesion del pecado, y que unos de otros no podian aprender sino doctina defectuosa y mal entendida y peor acreditada,

por la vanidad de los deseos, — determinó bajar en una de las personas á gobernar y á redimir el mundo, y á enseñar la *política de la verdad y de la vida.*»

Desplega QUEVEDO todas las galas de su fantasía al retratar con terrible pincel los reyes comedores de pueblos, el príncipe tirano, el ateo, el débil, el esclavo, el liron y descuidado. «¿Es (pregunta) ser rey, como quiere Salustio, hacer cualquier cosa sin temer castigo? Decir: «Así lo quiero, así lo mando; valga por razon mi voluntad?» Quien á todos da y á nadie quita; quien á todos da lo que les falta; quien á todos da lo que han menester y desean lícitamente, ese rey es, ese es el prometido, es el que se espera, y con él no hay más que esperar. Pobladas están de coronas y cetros estas acciones. Jesucristo no dijo: «Yo soy rey»; sino mostróse rey. No dijo: «Yo soy el prometido»; sino cumplió lo prometido. No dijo: «No hay que esperar á otro»; sino obró de suerte que no dejó que esperar de otro.»

»Sacra, católica, real majestad (añadía dirigiéndose á Felipe IV), bien puede alguno mostrar encendido su cabello en corona ardiente en diamantes, y mostrar inflamada su persona con vestidura, no solo teñida, sino embriagada con repetidos hervores de la púrpura; y ostentar soberbio el cetro con el peso del oro; y dificultarse á la vista, remontado en trono desvanecido; y atemorizar su habitacion con las amenazas bien armadas de su guarda, llamarse rey y firmarse rey; mas serlo y merecer serlo, si no imita á Cristo en dar á todos lo que les falta, no es posible, Señor.

»Verdad es que no podeis obrar aquellos milágnos de Jesus, mas tambien lo es que podeis imitar sus efectos. Si os descubris donde os vea el que no dejan que pueda veros, ¿no le dais vista? Si dais entrada al que, necesitando della, se la negaban, ¿no le dais piés y pasos? Si oyendo á los vasallos á quien tenia oprimido el mal espíritu de los codiciosos, los remediais, ¿no les dais libertad de tan mal demonio? Si ois al que la venganza y el odio tiene condenado al cuchillo ó al cordel, y le haceis justicia, ¿no resucitais un muerto? Si os mostrais padre de los huérfanos y de las viudas, que son mudos y para quien todos son mudos, ¿no les dais voz y palabras? Si, socorriendo los pobres y disponiendo la abundancia con la blandura del gobierno, estorbais la hambre y la peste, y en una y otra todas las enfermedades, ¿no sanais los enfermos? Pues si no puede ser buen rey el que no diere á los suyos salud, vida, ojos, lengua, piés y libertad, ¿que será el que les quite todo esto?»

¡Tan elocuente doctrina halla al propósito en las acciones del hijo de Dios el escritor político! Ellas le persuaden á inculcar al Príncipe qué deba hacer cuando parientes y palaciegos monopolizan y amayorazgan los destinos y cargos; qué si se conjuran en su descrédito y ruina bastardas influencias, ingratos ó desobligados, traidores ó codiciosos; cómo arrojar de sí al ministro Satanás, ladron y tentador, que le embriaga con deleites, le dificulta á las quejas y súplicas de sus vasallos, y le usurpa el oficio real, que el cielo, puesto que se lo dió á él, no quiso que el otro le sirviese. Decia QUEVEDO que el cetro y la corona son trastos de la figura, embarazosos y vanos. «El rey es persona pública, su corona son las necesidades de su reino. El reinar no es entretenimiento, sino tarea; mal rey el que goza sus estados, y bueno el que los sirve. Rey que se esconde á las quejas, y que tiene porteros para los agraviados, y no para quien los agravia, — ese retirase de su oficio y obligacion, y cree que los ojos de Dios no entran en su retiro; y está de par en par á la perdicion y al castigo del Señor, de quien no quiere aprender á ser rey.»

Toma vuelo con las plumas de los evangelistas, inflámase en caridad y en libertad



crisiana, y despierta de su letargo á los reyes, amonestándoles que «reinar es velar; que quien duerme no reina, y que el rey que duerme, gobierna entre sueños, y cuando mejor le va, sueña que gobierna <sup>1</sup>».

Hácese en esta importante obra severo escrutinio de toda clase de altos funcionarios. Truena el autor y relampaguea contra los validos, porque halla que Jesús, dichado perfectísimo del buen rey, tuvo discípulos, pero no privados que le descansasen y apocasen el poder; que él los descansó á ellos; que su oficio fué su amor, su caridad, su desvelo; que vino á redimir, no á ensoberbecer con vanidad á ambiciosos ni entremetidos.

Discurre con prodigioso tino sobre las condiciones de un ministro recto, viendo para él llena de laureles y palmas la hermosa via de la justicia y de la prudencia; pero no vacila en señalar con el dedo al malvado, y en el capítulo XXI de la primera parte da reglas para diferenciar al uno del otro. Hé aquí su epígrafe: *Quién son ladrones y quién son ministros, y en qué se conocen.* «¡Qué honroso sustento el que dan sus manos á los consejeros y allegados de los monarcas! Qué sospechoso y deslucido el que tienen de otra manera! Vengan al Rey los que amen su servicio, el bienestar de los pueblos, la conservacion de la fe. Sean ministros los que hiciere huérfanos la justificacion, y viudos la piedad, y solos la virtud, aunque la naturaleza lo dificulte; no aquellos á quienes descamina la templanza de los ánimos en el valimiento y grandeza, el ansia de llenar con lo que se debe á otros méritos la codicia de su parentela. ¿A qué no se atreve un poderoso por preferir sus padres, por adelantar sus hijos, por acallar su mujer, por engrandecer sus hermanos, por desvanecer sus hermanas, por levantar sus aduladores y lisonjeros? El peligro que los magnates corren al lado de los príncipes está (dice el político) en no dejar nada para otro y en tomárselo todo para sí <sup>2</sup>».

Asesta sus dardos contra los procuradores de las comunidades en cortes que asuelan y destruyen los vasallos y encomendados; contra las justicias que á los desvalidos echan todas las cargas; contra los gobernadores que les encarecen á precio de sangre el mal año y el socorro; contra los jueces, tenderos y venteros de las leyes. Terrible censura dirige á los logreros que, con pretexto de religion, hacen hacienda; á los que compran prelacías, á los que comen la renta de los pobres, y aun más terrible á los obispos y prelados si venden en el templo las ovejas que Dios les encomendó para que apacentasen; sordos y endurecidos á las miserias, prontos á la adulacion y á la vani-

<sup>1</sup> No era QUEVEDO solo quien á la sazón despertaba en el pueblo las ideas de moralidad, justicia y libertad. Oigase qué hermosas palabras pone el enérgico don Fernando de Zárate en boca del rey de Polonia, en la comedia de *Mudar-se por mejorarse*:

No nació ningún hombre á ser mandado;  
Que aquella suma Accion, de todo autora,  
Le crió libre; y cuando mal lo goce,  
Aunque sufra lo injusto, lo conoce.  
Para vivir de los demás seguro,  
Se rinde á un rey, que se eligió caudillo,  
Cuya asistencia de cualquiera es muro,  
Pudiendo de cualquiera ser cuchillo.  
Orden quiere, no imperio que le es duro;  
Tener puede señor, mas no sufrillo;  
Su justicia es el rey, nunca la fuerza;  
Que no será gobierno, sino fuerza.  
Lo justo es del señor, no lo violento;  
Ni al faltar ni al sobrar es suyo un dia;  
No obrar con la razon es rendimiento,  
Y obrar con el poder es tiranía.

No pueda estar quejoso el descontento;  
Duela y no injurie el mal que el cetro envia;  
A la igualdad no más sirva el empeño;  
Todos teman su culpa, nadie al dueño.

2 PRÍNCIPE.

Debemos  
Más dar hombres á los cargos,  
Que dar cargos á los hombres.

Pedid hacienda, y no ruido;  
Mirad que los puestos altos  
Son de vergüenza al indigno,  
Si al merecedor de aplauso.

Seguid el rumbo primero;  
Que esto de trocar las manos  
A los puestos á los hombres,  
Es hacer que dos caballos  
Caigan, por trocar los frenos  
Con que andaban bien entrambos.

(En la comedia citada.)

dad. Imaginando tales hombres prostituidos, arrebatase el celo del escritor, preséntasele vivo el ejemplo del Redentor del mundo, arrojando con el azote á los que en el templo traficaban; y clama, instiga, apremia al rey que ve en su casa y reino este género de gentes, para que no aguarde á que otro los eche y los castigue, porque, para estos, mejor que el cetro parece el azote en su mano.

La provision de los empleos, el premio y el castigo, la milicia en todas sus fases, la paz, la guerra con sus prósperos y adversos accidentes, las sucesiones dinásticas, las minorías; cuanto, en fin, necesita dominar un hombre de estado, tanto es objeto de esta preciosa obra, que, aspirando á milagros, consigue maravillas <sup>1</sup>. ¡Lástima que la deslustren un estilo enigmático y afectado á veces, algun resabio de mal gusto, erudicion no siempre bien colocada, y sobre todo, la falta absoluta de orden y método en el plan y en el contexto de los discursos! Hacinados empero están allí profusamente las perlas y los diamantes; falta el engaste y colocacion para el lucimiento del artifice: la diadema está por hacer. Sin embargo, á pesar del desabrimiento que ocasionan aquellos lunares, el estudioso, el repúblico, cuantos pretendan conocer la materia de estado, acudirán en todas épocas á este raudal inagotable de doctrina, de excelentes máximas, de provechosísimos advertimientos. La aplicacion práctica del libro es de todos tiempos: siempre habrá fuertes y débiles, vicios y abusos, pasiones y crímenes, imperio y obediencia.

Dos libros más completan el sistema general político de QUEVEDO, uno traducido, original otro: el *Rómulo* y el *Marco Bruto*. Obra el primero del jóven marqués Virgilio Malvezzi, se acomodaba en índole, máximas y aforismos tan al gusto y genio de nuestro escritor, que no fué en su mano dejar de hacerla suya á todo vuelo, por medio de una version esmerada y elegante. Parecia haberle el Marqués arrebatado del pensamiento el mejor de sus propósitos, cual era retratar el alma del afortunado caudillo fundador de un nuevo estado, que, sin trabas ni vínculos antiguos á su intento contrarios, lo crea todo y echa los cimientos del imperio más grande de la tierra. Objeto digno del filósofo, señalar con ánimo desapasionado en los hechos de este varon famoso los aciertos y sus causas, los errores morales, las aberraciones políticas.

El tratado tocaba puntos de suma curiosidad para un hombre decidido por este género de estudios. Desenredaba las cuestiones que se rozan con el principio de que la felicidad pública estriba en la seguridad y libertad de cada individuo, y por ello se fabrican ciudades, se aceptan príncipes y se toleran imposiciones. Decia cómo de estas necesidades nacen las leyes conservadoras de los hombres y las sustentadoras del Estado, convenciendo de la perpetuidad santa de las unas, y de la mudanza de las otras conveniente y necesaria. Contemplaba el publicista en las primeras guerras brotando del valor las palmas, y en las demás, de la reputacion. Discurría si conviene mantener en pié los ejércitos por ahogar los levantamientos en su cuna, y abandonar al arbitrio de los generales el poder hacerse dueños de las repúblicas, tiranizarlas y oprimirlas. Y á tan útiles investigaciones añádase el exámen de la mujer y de su poderoso influjo en la sociedad, como que constituye la esencia de la familia, guía y forma el corazon de los hijos, refrena sus ímpetus; y desarmando al hombre con su debilidad valiente, con su sagacidad y artificio, siempre le domina y subyuga. En fin, no se olvidaba en este tratado el medir á los héroes, en quienes la dicha que nace con ellos se llama

<sup>1</sup> ¡Qué arrojo, qué talento se necesitan para tratar sin caer á tierra los asuntos de las páginas 49, 51, 58, 63, 66 y 68!



ardimiento, y en cuya mente infunde acierto, claridad y tino el general aplauso, dictando muchas veces el entusiasmo palabras de persuasión en labios rudos. Y ménos quedaban por escudriñar los movimientos del pueblo, que, no con el entendimiento, sino con la vista, juzga de todo, no dejándose persuadir sino de lo que ve; inclinado, como las aguas, á sustentar las cosas ligeras y raheces, y á sumergir con estrépito las graves y de valía; pronto como ellas á alterarse con cualquiera viento.

Sin embargo de estas circunstancias, que ponen fuera de duda el mérito del libro, le desdora un estilo afectadamente agudo y sentencioso, acompasado, seco, sin la debida trabazon ni dulce modo: lunares y defectos que el traductor aceptó como bellezas, que puso empeño en imitar, y que apropió á las obras originales que á la sazón tenía entre manos.

Precisamente en la que entónces se ocupaba con más ahinco era el *Marco Bruto*, y de allí vinieron las manchas que afean este excelente libro. En la vida del matador de César «es elevado (afirma Capmany), docto y sentencioso; pero usa de oraciones demasíadamente concisas y dislocadas, sembradas de frases simétricas ó por correlacion de voces ó por contraste de su significado, en que descubre con un género de empeño su artificio y esmero, con lo cual viene á formar un estilo emblemático, preñado de máximas y advertimientos redundantes, que era el decir grave y culto de los escritores de aquel tiempo, cuando querian filosofar ó politiquear. Sin embargo, se encuentran en esta misma *Vida* pasajes y frases nobles, expresadas con especial energía y con toda la dignidad de la lengua castellana».

Para mí lo más grande y digno es el fin y objeto de la obra. Redúcese el pensamiento del *Marco Bruto* á indagar si puede una república restituirse al estado antiguo, perdidas las costumbres antiguas; y si allí habrá igualdad de derecho civil y estarán en su lugar las leyes, donde pelean y luchan millares de hombres, no por sí deben servir, sino por á quién han de servir; y donde se cree, que ahuyentando ó exterminando un tirano, ha de faltar otro que ambicione sustituirle. Pretende el autor hacer oficio de espejo, en que miren su deformidad la plebe y poderosos, magnates y príncipe. No fué su ánimo doctrinar conjuras, sino hacerlas innecesarias; mostrar que vivió César en las batallas, donde se muere, y murió en los palacios, donde se vive; que es tirano aquel que á la paz quita la comodidad, la gloria á la guerra, á sus vasallos las mujeres, á los hombres las vidas; que obedece al apetito, no á la razón; que prefiere el ser aborrecido, al amor y respeto de todos los suyos; y advertir á estos monstruos que teman sus propias maldades, como á los buenos reyes que teman sus propios beneficios. Anheló también considerasen los monarcas, al elegir gobernadores y ministros, que en las personas de estos se eligen á sí propios, sabiendo que suyas serán las alabanzas que ocasionen los buenos, como las quejas que susciten los prevaricadores. Preceptuó finalmente á los pueblos la reverencia y sufrimiento para el buen príncipe, y para el malo, á quien deben tolerar, puesto que Dios le tolera. ¡Laudable propósito del escritor, consolar y mejorar al hombre, no desesperarle ni corromperle!

Amenizan el discurso pinceladas y rasgos de todo un maestro. Valiente es el bosquejo de los hombres que solo con un reposo dormido y una melancolía desapacible adquieren nombre de políticos, y admirable el retrato de Cinna, que esmaltan las páginas 146 y 155.

Pero sobre todo, en la 139, es lozano, ingenioso, magnífico, comparar el oficio del príncipe con el del sol, haciendo con un mismo calor diferentes efectos, llenando con

su luz toda la esfera, fertilizándolo todo, llevando adonde va, la vida y la abundancia. En una parte sorprende ver alzarse por señor del orbe al oro, peste del corazón humano, extirpador de los afectos más puros y nobles, que desbarata los atrincheramientos de las leyes, y las atierra y aniquila. Más allá se descubre acabado y mendigo el mundo, no á causa de los premios que se piden por los servicios, sino de los premios que se piden por los premios. «Infame modo de enriquecer han hallado los facinerosos: pedir que les den porque pidieron, pedir que les vuelvan á dar porque les dieron.»

No ha faltado quien moteje á QUEVEDO de que en sus tiros apuntó siempre ó demasiado alto ó demasiado bajo. Censura tan inmerecida no puede comprender al libro de que se trata, donde los dardos van, sin declinar, al centro. La hidalguía y la nobleza se hace en esta obra consistir en la ciencia y en la virtud, no en el abolengo; se proclama que no es culpa nacer del ruin, sino imitarle, y que el noble vicioso no es hijo de ninguno.

Fruto de cincuenta y un años de aprovechada experiencia, de una verdadera sabiduría y de un espíritu fortalecido por los desengaños y persecucion de la fortuna, incesantemente adversa, el *Marco Bruto* es de las obras serias y políticas que han valido mayor reputacion á nuestro autor. Él la distinguió sobre todas; á limarla consagró sus últimos dias, y en concluir la se ocupaba cuando le atajó la muerte.

Pero los escritos á que desde su niñez debió la fama y popularidad que ilustra su nombre, son los satírico-morales y festivos. Muy pronto conocidos de la corte y del pueblo por copias de mano, que prodigiosamente se multiplicaban, permanecieron veinte y cinco años sin entrar en el dominio de la prensa, colmando al autor de aplausos en todos los reinos de España, excitando siempre la curiosidad, y haciendo esperar de ellos alguna enmienda en la corrupcion general de las costumbres.

A ser impresos luego, la ruina de DON FRANCISCO habria sido inevitable y segura. Denunciar en los moldes de Colonia y en el idioma de los sabios los abusos y males públicos del reino, atrajo sobre las venerables canas y ancianidad virtuosa del padre Juan de Mariana persecucion terrible, la vejacion, molestias y desabrigo de una cárcel. QUEVEDO, que engalanaba el abril de su juventud con los sazonados frutos de la doctrina de aquel varon excelente, á quien debia la mayor ternura, escarmentó con el fracaso, y abstuvo de dar á la estampa ninguno de sus borrones, contentándose con que corriesen manuscritos. Aun de esta manera el vulgo, que paga y sufre, podia saborear la sátira contra los males que en todos los estados ocasionó el desastroso gobierno de un monarca nulo. Cuando la cabeza está enferma, los miembros todos se resienten doloridos; cuando los vasallos se quejan, el rey les duele.

Hizo alarde nuestro político moralista de buen instinto, envolviendo el acíbar de sus sátiras entre chuscadas y bazarías, y abroquelándose en la holgura, desórden y licencia de un sueño para reprender sin usurpar los fueros del púlpito, censurar sin daño de barras, y decir amargas verdades, que en el severo idioma de la filosofía se hubieran hecho desapacibles. Yo estimo los *Sueños* como los trabajos preparatorios del repúblico para allanar el camino á sus proyectos de reforma. Sacó primero á la vergüenza los descuidos y demasías de los oficiales, sin condenar los oficios, y tendió muy pronto el látigo contra los excesos de aquellos miembros que la sociedad ha constituido para su amparo, salud, firmeza y sostenimiento. Anatematizó la falsedad en los procuradores, la iniquidad en los escribanos, en los letrados el embrollo y la mentira, la impudencia y prevaricacion en los jueces, el desenfreno y la avaricia en los